

CUENTO N° 59

TÍTULO: EL RAMO

SEUDÓNIMO: MARÍA DE LOS ANGELES

AUTORA: LUZ VIRGINIA O´SHEA LECAROS

EL RAMO

¿Por qué suspira tanto la vendedora de flores?

Margarita respira profundo tratando de armar un ramo que ha hecho y deshecho tantas veces....

Éste no lo va a vender, se lo regalará a su novio. Pero como en su mundo no se usa que las mujeres regalen flores a los hombres, le está armando un ramo de palabras.

Junta un atado de *cantares, trinos, estrellas, esperanzas, cristales, cariños* y otras que encuentra especiales, y desecha hacia un lado palabras como *rencor, tortura, neumáticos, abuso, otorrino*, en fin.

Pone muchas varas de *amor, caricias*, y algunas de *amistad*. Lo mira y nuevamente lo desarma. Entre las ramas se metió una de *decepción*. La saca y sigue colocando otras de un color diferente: *risas, música, baile*. Más, ¡oh! No sabe en qué momento puso una de *lágrimas*, creía que se le habían acabado. Rápidamente la retira, para que no moje al resto.

Sueños, planes, pareja, hijos. Está quedando bello. ¡No! ¿porqué apareció una *traición*? Si había decidido nunca más mirarla de frente, la había escondido bajo capas y capas de palabras lindas.

Junta una de hombre con una de mujer y entre ellas se asoman *placer infinito*, *entrega total*, y muchos términos pequeñitos, *alegrías*, pero con aroma eterno de promesas.

Habían jugado muchas veces a las palabras lindas y feas. A ella le gustaban *calma*, *tinguiririca* y *miel*, a él *melones*, *motor* y *gol*. A Margarita le sonaban muy feo *tortuga* y *cacofónico*, y a su novio *depósito* y *fidelidad*.

Sigue agregando palabras a su ramo, lo quiere precioso pero no recargado.

Encuentra *compañía* y *arrumacos*, pero ahora se le cuela *abandono*.

Todas aquellas que entraron a su ramo sin permiso tienen espinas, son gruesas, pesadas, toscas, y tan difíciles de sacar. Pasa mucho rato tratando de eliminar *despechos* y de esconder *llantos* con muchas *sonrisas* y *pasión*.

Vuelve a suspirar. Mira el ramo, con muchas palabras bellas, pero con algunas que no puede sacar, y que no le gustan nada. No las quiere en su ramo, no quiere oírlas más ni en su mano ni en su voz.

Sigue batallando para lograr armar el que sí quiere, y de pronto aparece una vara alta, recta, muy fina pero casi insolente: *dignidad*. No se acuerda que la tenía, no sabe de dónde vino, pero ahí está, en el medio del ramo, rompiendo el precario equilibrio que había logrado para disimular lo feo, que por más que quiere, no puede eliminar.

María de los Ángeles

La mira detenidamente, analiza todos sus ángulos, sus colores, aroma y la manera en que se insertó en el ramo, y no sabe qué hacer con ella. Es hermosa, tanto que es la primera que se nota. Opaca a todas las otras palabras lindas, que ahora pasan inadvertidas. Las intrusas, por el contrario, se hacen más evidentes.

¿Qué hacer? Ya sabe que no puede hacer un ramo sólo con bellezas, lo horroroso insiste en participar. ¿Y qué hacer con esa *dignidad* que parece mandarse sola?

Sola. He ahí la respuesta. Toma la vara de *dignidad*, y la retira con mucha facilidad del ramo. El resto lo tira al balde de palabras marchitas, inútiles y olvidadas.

Esa tarde se encontrará con Narciso, y no le entregará un ramillete, sino que esa sola palabra, sin adornos, sin acompañamientos, pero que lleva enredada a su tallo una consecuencia ineludible, el adiós para siempre.

Y recuerda de otra que también había olvidado: *Felicidad*.

FIN